

Divagación sobre las musas

RAYMUNDO RAMOS

Carta nunca enviada (hasta ahora)
a René Avilés Fabila, después
de leer sus Fantasías en carrusel.

28
Número del búh

Tienes razón, mi querido René, pero no toda la razón. Ahora te diré por qué. Es en verdad una tragedia la que nos ocasionó la modernidad al cegar la fuente Castalia que salía del Parnaso y en cuyas aguas se inspiraban los poetas; más aún, los demonios femeninos que venía de las montañas pierias; de tal suerte, que la única inspiración ya no proviene de las Musas (las que tanto contribuyeron –dices– al éxito de Homero y Virgilio) sino de ese par de virtudes tan aburridas como necesarias, si se quiere ingresar en la historia de la institución literaria, aunque sea por las puertas de las Academias: disciplina y rigor.

Y a propósito de esa noble envidia de la ineptitud, uno se pregunta como el poeta latino:

¿Qué pasa, Catulo? ¿Qué esperas para morir?

¡Nonio, el granujiento, es ya diputado!

¡Y Vatino protesta como cónsul!

¿Qué pasa, Catulo? ¿Qué espera para morir?

Disgresiones aparte, René, en nuestro bulín crítico se piensa –tal vez sin motivo– que la disciplina y el rigor

matan la flexibilidad libérrime de los otorgantes de premios: disciplina en las nalgas y rigor mortis en la erección, son virtudes –pregunta si no– de putas y de filólogos. Por ello, las Musas siguen circulando con calcomanías cero por la ciudad encantada de los Aristarcos de partido. No sería malo recordar que Heródoto dividió su Historia en nueve libros, en memoria de las nueve Musas y a cada uno le puso el nombre de una de ellas.

¡Míralas, René, ya vienen tocando sus claros clarines!, Zeus y Mnemósine las hicieron y ellas se juntan: son un tropel bien organizado de género, inteligente y locuaz como funciones sígnicas de sí mismas.

Allí viene Calíope, la de la voz hermosa y las caderas floridas, la de larga cabellera, esposa de Apolo y madre de Orfeo; lleva en la mano una tablilla de cera y un estilo; pero hasta Homero duerme en las tardes estivales, cuando la prole innumerable –¡oh, Pánfilo Zendejas!– de amigos, se hace editar su poemalía épica en todas las editoriales de su propiedad (que son todas) como una interminable guerra entre las ranas y los ratones.

Junto a Calíope está Clío, la historiadora-editorial, que le endulza el oído a los poetas, pero los envidia. Es la dueña de la verdad de las mentiras. ¿Qué serían sin ella los novelistas sin imaginación y los cronistas argumentales que abrevan en los expedientes del ministerio público?

Euterpe (toda llena de gracia, como el Ave María) es representada con la doble flauta de la música y de la poesía lírica; es la detentadora de los premios extraños (que los jilgueros endosan a las urracas), sin más por qué, que sus mélicas amistades: juegos florales en cualquier puerto de tierra o mar, donde toda desfachatez tiene su asiento.

Talía (bastón de Hércules y máscara cómica) es musa de la comedia y la poesía ligera, que presidía los banquetes donde se cantaba y tocaba música. Era una especie de diosa de la alegría de la vida. Homero mencionaba a una Talía entre las nereidas y también a una

de las gracias se le suele dar ese nombre. Sin Talía, habría –la tevé no lo quiera– un despobladero de comi-castros carperos y de becarios cunacultos, celebrantes y con dueños del festín de Esopo.

Terpsícore, citareida, la de los pies ligeros, la que levanta tolveneras en los tablados, teatriforme amparadora de gelatinas rotativas y meneadillos cachondos es, sin duda, la más consistente de la tradición helénica. La de respuestas ágiles y exactas: “¿Qué haciendo, mi bella Elena?” “Pues aquí nomás, culiándola.”

Erato, musa del himeneo y de la poesía erótica, no le va a la zaga a la culipronta Terpsícore. Erato, la lirida del estrecho coño y el vibrar arpsiconde, sin cuya inspiración no se concebiría a los poetas adolescentes, granujientos manuales y obsesivos, pero tampoco a los poetas senectos, los viagrantes de edad cuaternaria, que acaparan las páginas de los suplementos dominicales, las revistas especializadas y las editoriales oficiosas y oficiales.

Polimnia –el cetro y la corona–: la pantomima y la armonía, la del canto sagrado, la oficiante en el monopolio de las sacristías poéticas, donde habitan los sacristanes del Gran Papión Sagrado en turno, los poetúrbidos que han recogido los humos inspiradores del votafumeiro único, el mofle hisópico del culofónico universal.

Urania, la del globo geográfico y el compás, es musa de exclusividad académica; la celeste matrona de la astronomía es –en nuestro medio– propiedad de Tonanzintla; pero, por metasema analógico, preside los cónclaves universitarios de la sucesión rectoral endogámica. Es, Urania, hija del Océano y de Tetis, la de los pies de plata. Sólo los titulares de la ciencia dura o los del cientificismo social pueden aspirar a su protección y, por ende, a la herencia de las nóminas en cuyos predios no se pone el sol.

Melpómene, ¡oh Melpómene!, mexicanísima musa de la tragedia griega (máscara trágica y bastón alcideo de la fuerza), la que hizo de una lágrima un cantar, hasta

ahora monopolio casi exclusivo de la clase política (la de las salinas empapadas de sangre), la de las mascaradas políticas en el escenario mediático. Musa proteiforme acompañada con la injusticia colectiva que es justicia crítica.

El estudio de la mitología debiera comenzar, por ello, con búsquedas arqueológicas, de historia de la religión comparada y con análisis de los sistemas políticos pasados y vigentes. Tienes, sin embargo razón, mi querido René, pues para ello se necesita disciplina y rigor; tal vez, también, como decía Juan de Dios Huarte, claridad y método. Pero, por lo pronto, en este México (acéldama: campo de sangre) la novena olímpica pasea su bella impunidad calipigia, acrítica y pendenciera.

La concepción de los dioses olímpicos (aunque sean menores) es, probablemente, un signo orgánico. Como explican Gernet y Boulanger en *Le genie dans la religion*, “quizá la imaginación griega sea un medio de defensa: quizá sea, a su modo, una catarsis.”

(Tlalnepantla, desde hace tiempo.)



Juan Ramón Lemus